

David Galán
REDRY

Abrázame los monstruos



ESPASA ES POESÍA

ABRÁZAME LOS MONSTRUOS

David Galán

Redry



ESPASA es POESÍA

ESPASAEsPOESÍA

© David Galán Aparicio, 2017

© Espasa Libros S. L. U., 2017

Diseño de maqueta de colección: Andrés Mengs

Maquetación: M.T. Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 5.183-2017

ISBN: 978-84-670-4983-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com

www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain

Impresión: Black Print

Espasa Libros S. L. U.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Definición del DRAE

monstruo.

(Del lat. *monstrum*, con infl. de *monstruoso*).

1. m. Ser que presenta anomalías o desviaciones notables respecto a su especie.
2. m. Ser fantástico que causa espanto.
3. m. Cosa excesivamente grande o extraordinaria en cualquier línea.
4. m. Persona o cosa muy fea.
5. m. Persona muy cruel y perversa.
6. m. Persona que en cualquier actividad excede en mucho las cualidades y aptitudes comunes.
7. m. Conjunto de versos sin sentido que el maestro compositor escribe para indicar al libretista dónde ha de colocar el acento en los cantables.

Monstruos

La primera vez que abrazas a un monstruo lo sientes, retumba dentro de ti. Sabes que lo es, como me dijo una vez Marwan, «te sonríen hasta los pies». Los monstruos nunca te van a decir que lo son. Los monstruos

aparecen de la nada, donde menos te lo esperes. No se los ve venir nunca. Aparecen, se quedan para siempre, o se quedan para nunca. Son muy de atacar por sorpresa, cuando más indefenso estás, están deseando que acabes en sus brazos. No tienen nada pensado, pero piensan en ti cuando llegan y cuando se van, sí, también se van, los monstruos también huyen.

Los monstruos duermen igual que cualquiera, a veces a tu lado, otras duelen en la distancia, como si quisieses abrazarlos toda la noche, son capaces de contarte los lunares, de verte llorar y reír contigo a carcajadas. Los monstruos nunca se esconden debajo de la cama o dentro del armario, ellos son más de asustar atacando al sentir y a la razón, donde de verdad duele. Los monstruos te reconstruyen después de cualquier batalla, te ponen en pie después de cualquier caída, pero cuando desaparecen pueden dejarte aún más roto o con la mejor de las sonrisas.

Sueñan, se enamoran, se pierden y también lloran. Los monstruos también tienen música y comida favorita, y el poder de desaparecer sin dejar rastro. Algunos se quedan a vivir en ti, otros, en cambio, se van con una gran despedida, con un mensaje, y algunos sin avisar dejando en incertidumbre su regreso. Los monstruos son ese tipo de ser que deja huella, que deja su marca en la pared más cerca de tu cama, al lado de tu almohada, y un rasguño en tu corazón.

Los monstruos, mis monstruos y los tuyos te tatúan la vida, sabes que han estado aunque no haya rastro de ninguna cicatriz. Los monstruos queman en invierno y te dejan helado en verano, te viven, los vives, y a veces, cuando te miran, tienen el poder de transformar el tiempo.

Está claro que están ahí, pero ni ellos mismos saben que lo son, suenan, los acompaña el viento o alguna canción con la que recordar a cada uno de ellos para siempre, sí, ese para siempre con fecha de caducidad.

Os escribo

Cuando escribes no hay barreras, no hay muros de contención, ni océanos que atraviesen el horizonte como una mirada, es como mirar al infinito y poder saber lo que hay al otro lado. Escribir es como poner en línea recta todos tus pensamientos y recorrer hasta el punto en el que te sientas más a gusto, hasta que apareciste tú.

Os escribo, sin mirar mucho al papel, con los dedos entrelazados a una extensión que guía mi inconsciente, bajo un mundo que tiene más preguntas que respuestas y por supuesto, ni tengo todas las preguntas ni mucho menos las respuestas. Os escribo desde una viaja cafetería de Londres, en mensajes guardados en borradores, en pañuelos llenos de lágrimas, en pare-

des de pizzerías de Berlín, os escribo en mi pensamiento y en mis ojeras, en las heridas cicatrizadas de mi corazón, os escribo de puño y letra y a viva voz. Os escribo en 140 caracteres y en besos en el cuello al abrazar, entre la niebla y de camino a casa mientras pedaleo en una bicicleta de madrugada quitando las manos del manillar. Os escribo con una sonrisa de felicidad ahogado por el amor y en el delirio de mi angustia por saber que se acaba el anagrama de Roma. Os escribo palabras perdidas perdido por las calles desiertas de Boston, os escribo mensajes programados desde Nueva York, entre lágrimas en algún parque de Valladolid, en silencio, entre gritos, y con algún concierto de fondo en los peores bares de la ciudad. Os escribo, y da igual dónde, esto es mi desahogo.

El monstruo con el que atravesé las nubes por primera vez

El primer monstruo que me abrazó la boca del estómago bajó de un bus en una parada que parecía perdida. Habían pasado pocos segundos, había una luz tenue pero sabía que ella me iluminaría. Me llevó a las nubes, todavía sin llegar a atravesarlas, con su risa, con sus cuentos y la inocencia de no saber que íbamos a escupir mariposas por primera vez.

Éramos una fotografía y una cámara llena de arena en una playa de Lisboa y aun sigues siendo una postal desde Venecia donde quedó escrito un «te quiero».

El único miedo era el de no encontrarnos, y ahora mi miedo es el de no recordarte bien, con algún mensaje de vez en cuando o buscando un rato perdido en el que volver a caer rendido a esa sonrisa y a tus cambios en el pelo.

Eres una antología de todo lo que te escribí, describí y tiré a un contenedor de reciclaje cuando quise sacarte de mí por un tiempo. Eras el silencio en las noches paseando por aquel parque mientras la niebla me engullía queriéndome llevar a casa. Eres mi pri-

mera poesía y una canción de Fito con la que siempre se me encoge el corazón, eres un concierto de Amparanoia en el que te busco desesperado, eres una lágrima que no llega a caer cada vez que Robe pronuncia «sueña que sueña con ella...». Siempre serás una canción en mi memoria y una noche en vela.

Eras unos buenos días de fin de semana, un abrazo de Shlomi, un beso de mariposa y leer en silencio antes de dormir, esa camiseta de rayas que sigue siendo de mis favoritas.

Eres un viaje a Italia para intentar huir de ti, la barba que no me dejaba cortar, el interminable recorrido del 7 para llegar a tu casa y un collage de fotos tuyas en mi habitación que tardaron en irse casi diez años. Y te quiero, vaya si te quiero, de ese querer que evoluciona cuando sabes que no te puedes desprender del todo de algo, porque en tu chistera siempre queda algo de magia para hacer brillar a estos ojos una vez más.

He paseado haciendo eslalon entre tus lunares y por las calles de Manhattan, y nada tenía tanta intensidad como los versos que me dabas para sentir en los labios la guerra. He paseado entre los dedos de tus pies, y gritaban perdernos por Candem. He paseado cuando intentabas matarme con tus espacios, cuando tú querías seguir tu camino y el mío se cortaba en un abismo al que me obligué a saltar.

Eras el paseo por el invierno más bonito del mundo, la nariz fría porque no te ha tapado la bufanda, la chica de las playeras rojas que se desgastaron en un mensaje de biblioteca.

Quemabas, mi espalda contra la pared fría de tu cama, el «qué» y el «nada» de una frase con sentido que se perdió un par de veces de tus dedos con todo el sentido del mundo.

Fuimos las dos torres de Londres y una estación perdida en el barrio de Liverpool. Fuimos fotos a escondidas, un te quiero sin respuesta en un trivial y el primer cosmonauta de la historia por respuesta.

Fallos y errores, pero también aciertos. Fui días en los que logré existir sin ti.

Eres un invierno apagado por un extintor, la espuma de afeitar que se queda a morir en las orejas. Esos pantalones vaqueros llenos de agujeros, y de kilómetros, esos pantalones salpicados por el barro tantas veces.

Los céntimos para chicles en el bolsillo de atrás, los que se pierden sentados en el parque en verano y los que se encuentran en invierno. Los que se apuestan por un beso, los que compran un recuerdo que vale una carcajada.

Tenías el poder de levantar las hojas del suelo en otoño, de ser invadida por mí y ganar cualquier batalla. Y ahora sé que tú eras lo más fuerte, sopor-

tando cada uno de mis estados en cada una de nuestras estaciones.

El beso de las cucharas

Suave, espeso, lentamente introduciéndose en lo más profundo,

cubriéndose de placer, armándose de valor, saboreando los labios del metal absorbido por el dulce sabor.

El chocolate resbala lentamente, formando una gota que va a precipitarse al vacío, pero ella aparece.

Otra cuchara, que recoge la lágrima que iba a morir en la mesa, presa de su soledad, se acercan, se miran y se llegan a tocar.

El chocolate caliente los detiene, por un segundo, en el aire, sobrevolando las tazas, esperando unos nuevos labios que saborear.

Se posan, una encima de la otra, giran entre ellas cual remolino y hojas de papel.

Se besan, se están besando con la mirada, con los dedos manchados,

y las caras dibujadas.

El silencio no existe,

y el chocolate desborda el metal de sus miradas,
en suspensión, un palmo por encima de la mesa,
donde pronto descansarán...

Pues son, los dedos de él y los de ella, los que ahora
se quieren besar.

Eras la chica que bailaba en mi cabeza

Eras la chica que llamaba a las dos porque quería
quedar a las tres, aunque era impensable, yo hacía im-
posibles, aunque solo fuese para pasear sin darnos la
mano y ver películas en ese sofá estrecho a través de
tu pelo.

Eras la que sonaba en mi cabeza cuando no había
ninguna canción que tararear, la que se despertaba
pronto para dormir siestas de cuatro a ocho esperan-
do ser abrazada por la espalda. La que tomaba café
antes de dormir para desayunarme a mí.

Eras la chica de las pecas en primavera y los cambios
de color de pelo cada mes, la que me besaba en la
ducha fría y con el pelo mojado en la calle, la que
confesaba tener miedo a las pausas entre conversa-
ciones. La que siempre perdía al trivial con la pregun-
ta más fácil.

Eras la que desaparecía de mi vida cuando en mi pensamiento había dejado huella, la que decía que estaba bien sin estarlo, a la que le dolía todo y callaba con mentiras tontas que acaban matando.

Eras la chica que se subía a las montañas rusas de la vida solo por el vértigo que provocaba arriesgarse a saltar desde un precipicio tan alto y peligroso como yo.

Cueva

Era una cueva, nuestra cueva.

Apenas el sonido de la radio retumbaba,
y las palabras recitadas de un manuscrito de poesía.

La sábana colgaba del techo,
y un pañuelo rodeaba la lámpara,
el colchón en el suelo
y las ganas recorriendo tu espalda.

Troya

Nunca había leído una tragedia griega, pero no hacía falta perderse entre libros de historia clásica para saber que íbamos a escribir la nuestra. No hacían falta ejércitos, ni mucho menos un caballo de Troya para

engañarnos y destruirnos desde dentro, tú y yo ya lo hacíamos desde fuera.

Ardíamos en llamas, cuando la verdad, todo se estaba apagando. Yo queriendo tanto, igual demasiado, demasiado mal, y tú queriendo, sin querer, algo que se hizo interminable, pero que terminó, con todos los errores del mundo. Con todos los errores de una primera vez.

Caos en una historia de dos dioses que sufrían con la paz de dos corazones que ya estaban rotos, invierno en un infierno que quemaba con cada hielo que caía por su espalda.

Indecisiones con la vista atrás

¿Y a ti cómo te gusta echar de menos?

Sin ti, pero contigo.

Eres mi invento

Y sin salir de mi cabeza, con la puerta cerrada y los oídos abiertos. Con un vestido azul y unas medias negras. Paseas, contagias y declaras el pánico con un simple bailoteo.

Solo un idiota dejaría que te fueses.

La pata coja de la cama

Practicábamos esquí en las nubes de Plutón cuando la lámpara de la mesita de noche parpadeaba intentando no quedarse dormida. Las puertas encogían para no dejarnos escapar de la penumbra que quería arrebatarnos el sueño, como dos inocentes encarcelados entre tinieblas, como dos notas saltando a otro compás, como el eco sordo del rugido de un terremoto, como dos idiotas.

Con tiento, a tientas se sumaban los pasos que no llegábamos a dar. El ocaso de la medianoche nublaba nuestra vista, y las motas de polvo debajo de la cama se abrazaban interminablemente para no perder un instante de silencio entre tanto tumulto.

El final de las miradas cómplices.

La camiseta de rayas

Han pasado más de diez años,
y sigo poniéndome esa camiseta de rayas.

Tiene dos o tres agujeros,
como los de tu olvido,
como los de mi recuerdo.

Gritando por dentro, pero tranquilo por fuera.

Igual dejaste con sed a la vida,
pero bebí en otro río,

Y río, porque cuando los años pasan, ríes,
mirando con recelo las fotos que sobreviven
pegadas a la pared.
Fotos que guardan secretos que ya hemos olvidado.
Y la vida sigue, me ha tocado grapar dos folios,
como viajes en cuentagotas que nos quedan,
amenazando con caerse las hojas de las flores en
primavera.
El eco sordo volaba con la luz de una vela,
oliendo a quemado en un bosque
y pasando sed a dos milímetros de tus mejillas de cera.
Y las caídas durante todos los años de espera me lle-
van a escribir con rabia las notas musicales de un
domingo, un domingo en el que aún llevo puesta tu
camiseta.

Autopsia

Te has paseado arrastrando los pies,
has barrido con desgana el polvo de la estantería,
los libros me han contado que ya no eres,
la casualidad, que no apareces,
el calendario, y el día 8, que no perdonas.

Te has olvidado del color del tiempo,
has atravesado la distancia de la indiferencia,

las suelas de tus zapatos han cambiado,
se ha desgastado nuestro camino,
el pegamento en los abrazos, que ya no revivo.

Te has negado a mi tragedia,
has reconocido el cadáver ahogado en sollozos,
el alma escapando a kilómetros de tus bolsillos,
se ha desconectado un corazón de tu corriente,
el que ahora vive solo, el que a veces dice «tengo frío».